CRISTOBAL M. HICKEN

UN VIAJE
AL
LAGO ARGENTINO

PUBLICADO EN EL NUMERO 149, AÑO XV,
II CUATRIMESTRE DE LA REVISTA DEL
CENTRO ESTUDIANTES DE INGENIERIA.



CENTRO ESTUDIANTES DE INGENIERIA
222 - PERÚ - 222
BUENOS AIRES

1916

CRISTOBAL M. HICKEN

UN VIAJE
AL
LAGO ARGENTINO

PUBLICADO EN EL NUMERO 119, AÑO XV, II CUATRIMESTRE DE LA REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE INGENIERIA.



CENTRO ESTUDIANTES DE INGENIERIA
222 - PERÚ - 222
BUENOS AIRES

1915

Un viaje al Lago Argentino

En la Patagonia andina entre los grados 45° a 50° se extiende una región completamente desconocida aún desde el punto de vista geográfico; esta zona que comprende una longitud de unos 500 km. de largo por un ancho variable entre 30 y 80 km. está indicada en los mapas chilenos, los más completos que se conocen como «Región Inexplorada» y llama verdaderamente la atención que hasta ahora haya podido permanecer en ese estado. A esto ha contribuido sin duda alguna la circunstancia del difícil acceso por lo accidentado del terreno, su despoblación, sus bosques y los innumerables ventisqueros que forman una barrera verdaderamente infranqueable para quien quisiera cruzar desde un océano a otro. Las mismas comisiones de límites que recorrieron la Patagonia con muchas facilidades y medios de transporte se contentaron con flanquear esa zona y en sus mapas consignan uno que otro monte culminante observado desde la distancia y cuyas posiciones geográficas son tan solo groseramente aproximadas.

En 1896 Nordenskjöld trató de cruzar la zona a la altura del Monte Paine, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos.

En 1897 envió el gobierno chileno una expedición bajo las órdenes de A. Fuentes hacia el lago Argentino para que constatara una comunicación que se pretendía haber descubierto entre ese lago y el Pacífico. Esta expedición no logró internarse en las montañas.

En 1898-99 Steffen llegó hasta el límite de los bosques visitando la región del istmo de Ofqui.

Más tarde en 1899, Hauthal geólogo del Museo de La Plata, intentó realizar el mismo viaje pero algo más al norte del anterior y tampoco logró su objeto.

En 1908 Quensel navegó el lago Argentino, visitando varios ventisqueros; pero solo en sus frentes, constatando desde lejos la depresión sufrida aquí por la cordillera; y sin internarse en lo desconocido.

Se ve por todo lo anterior que no habían faltado tentativas serias para arrancar sus secretos a esa extensa región ignota; pero fallaron todas por los grandiosos obstáculos naturales.

Cuando en 1903 visité los Andes Bolivianos quedé extasiado ante la imponente magestad de esos montes, dignísima cuna de los dioses incásicos. Había visto a los Andes nevados, reflejar sus faldas peladas en el cristal del Titicaca y ansiaba contemplarlos con sus bosques, con sus nieves y con sus brumas en las comarcas aún no holladas de la Patagonia andina. Las dificultades indicadas por los viajeros que infructuosamente tentaron la obra, no me hicieron abandonar nunca esa idea, pero me demostraron que mis fuerzas no serían suficientes para acometer con éxito la empresa. En 1904 hablé de ello por primera vez al profesor Carlos Porter, entonces director del Museo Nacional de Valparaíso, quien me ofreció su decidido apoyo para conseguir del gobierno chileno ayuda y elementos que consideraba indispensables y desde entonces, cada vez que iba a Chile, hablábamos del asunto y siempre con más probabilidad de éxito; pero a pesar de esta cooperación, costaba decidirme a realizar de una vez un viaje que no estaba exento de peligros.

Esta situación indecisa cambió de golpe, cuando a principios del año pasado, me habló el doctor Federico Reichert, profesor de la Facultad de Agronomia y Veterinaria de Buenos Aires, del interés que tendría él de conocer aquellas regiones y después de cambiar algunas ideas sobre la oportunidad de hacerla, resolvimos dividir el trabajo y organizar con seriedad una expedición que ofreciera la probabilidad de servir de base para otra, si la proyectada no tuviera los resultados previstos.

Acordándome del auxilio ofrecido por el señor Porter me trasladé en Mayo de 1913 a Chile para tratar allí el asunto y saber a ciencia cierta con qué clase de elementos podía contar.

Por las vagas referencias obtenidas de aquellas regiones se había formado en general la convicción de que esa zona no era sino una planicie más o menos extensa completamente cubierta de hielo, que alimentaba a los numerosísimos ventisqueros que terminaban en los *fjords* de la costa chilena o en los lagos patagónicos; el mismo doctor Reichert, basado en las referencias de Steffen, Hauthal y Quensel creía poder referir ese paisaje de hielo al conocido en geologia con el nombre de Tipo Groenlándico, es decir, y para repetirlo, a una llanura oculta por un manto espeso de hielo permanente. Aceptada esta idea como la más probable, creía el doctor Reichert, que el mejor modo para atravesarla, sería penetrar por los *fjords* chilenos hasta alcanzar el frente de un ventisquero y trepando por él llegar al campo de nieve, cruzarlo y descender a la Patagonia Argentina, para llegar al Atlántico en un paraje conveniente. En estas condiciones, la base indispensable para nuestra empresa era tener a nuestra disposición y para nuestro exclusivo objeto un vaporcito que nos llevara por el laberinto del archipiélago chileno

hasta el ventisquero elegido. Chile podía auxiliarnos ventajosamente prestándonos un escampavía y a fin de saber si debía contar con este recurso, para nosotros indispensable, realizé el viaje citado.

Encontré en Santiago la mejor acogida y gracias a las diligencias de mi amigo Porter, pude regresar a los pocos dias contando por seguro el vaporcito necesario.

Con esto se había dado un gran paso y el itinerario podia fijarse definitivamente.

Hechos los cálculos desde el punto de vista económico se vió que seria oneroso hacerlo por cuenta propia como había sido mi idea primera y como había realizado hasta ahora todos mis viajes.

Pude interesar afortunadamente a la «Comisión de la Flora Argentina» por esta expedición y con tanto aplauso recibieron mi idea que resolvieron hacerla suya y presentarla a su vez al Ministro de Agricultura solicitando su aprobación y los fondos necesarios para realizarla en condiciones satisfactorias.

El doctor Julio López Mañan, entonces director general de Agricultura, dedicó a este asunto tanto cariño y tanto entusiasmo que a los pocos días obtuvo del P. E. la autórización y fondos necesarios y concedióme las más amplias facultades para proyectar, organizar y dirigir la empresa como mejor me pareciera, mostrando el director en todo instante un celo, un interés y una actividad tan grandes por el buen resultado de mi empresa, que pareciera fuera él quien debia realizarla.

Puedo aqui desde estas líneas anunciarle que cuando se publiquen los resultados del viaje, podrá ver con satisfacción los frutos de sus desvelos.

El doctor Reichert, habilísimo alpinista y profundo conocedor de ventisqueros, me dió una lista del equipo necesario para hacer la travesía del ignorado «Innlandeis», materiales que hubo que solicitar a Europa por tratarse de elementos aquí desconocidos. Constaba el equipo de carpas livianisimas, apropiadas para el hielo; bolsas para dormir a la intemperie, afrontando el viento y la nieve; picotas para cavar los escalones en los muros de hielo; cuerdas para ligar a los turistas en sus viajes sobre los *glaciers*, bateria de cocina de aluminio, sacos impermeables para llevar cada explorador sobre las espaldas el material citado, cajas de hierro con cierre hermético para proteger las colecciones, instrumentos científicos del menor rastro de humedad; bolsillos especiales para transporte de elementos; frazadas y abrigos especialmente tejidos para esta clase de travesia; botines a medida para cada explorador especiales para escalar las montañas; zapatos con ganchos para aferrarse en los muros abruptos de hielo; diversos pares de skys y mil chucherias que

no hay porqué numerar; pero calculadas todas, teniendo en cuenta la región, el clima y la necesidad de ser transportadas por nosotros mismos sobre esa sábana grandiosa de hielos eternos.

Todo este material, llegó aquí a fines de Octubre y en los primeros dias de Noviembre volví a Santiago para gestionar allí la entrega del escampavía, solicitar el material meteorológico y formalizar contratos con la peonada y servidumbre necesaria.

Desgraciadamente, la situación politica del pais vecino, perturbada por una crísis ministerial que duró más de un mes, me imposibilitó obtener el resultado ansiado.

La premura del tiempo y mis compromisos universitarios me obligaron a regresar y aplazar el viaje hasta el año proximo.

En estas circunstancias el doctor Reichert me propuso abordar el «Innlandeis» por el lado argentino para lo cual no se necesitaria entonces el escampavía; pero sí una tropilla de animales para el transporte de nuestro numeroso equipo.

Acepté la idea que venía a modificar totalmente nuestro programa, solo por no perder el material adquirido y por no aplazar la ansiada partida por todo un año más. Asi fué que completada la pequeña expedición con otros colegas universitarios, nos embarcamos a principios de Enero de este año con rumbo a Santa Cruz, donde demoramos el tiempo necesario para acondicionar nuestro material, adquirir la caballada, arrieros y comestibles indispensables y cuando fueron vencidas todas las dificultades inherentes a un viaje que a pesar de todos los preparativos resultó improvisado por el cambio de ruta verificado *dos dias* (!) antes de nuestra partida, emprendimos con caballos y carros la cruzada de la planicie patagónica llegando al lago Argentino en la primera semana de Febrero.

Cruzamos sus aguas, utilizando el vaporcito que poseen allí los señores Ferrari, y a quienes somos deudores de muchas atenciones. Como no escribo aquí mi diario de viaje, no consignaré las mil peripecias que nos acompañaron en toda nuestra excursión, ni los mil inconvenientes que si bien amargaban continuamente nuestra marcha, jamás llegaron a hacernos desistir de nuestro propósito de avanzar hasta la región deseada de los hielos permanentes y me limitaré a exponer someramente los resultados de esta excursión en cuanto tengan relación con los fenómenos geológicos del ventisquero.

A mediados de Febrero penetramos en el brazo Sur del Lago Argentino y fuimos en busca del ventisquero designado por Hauthal con el nombre de *Bismark*, nombre que debe ser borrado y reemplazado por el de «*Moreno*» por haber sido bautizado así en el año 1899 por la comisión argentina que al mando del Teniente de Fragata Iglesias, exploró todo el rio Santa Cruz y trianguló gran parte del Lago Argentino.

Debo al señor Manuel Duarte, miembro de aquella comisión y actual alumno mio, esta referencia que me permite hacer la rectificación que antecede y sin cuya advertencia hubiera yo contribuido a propagar este error.

El *glacier* Moreno se halla sobre la ribera occidental del brazo Sur del Lago Argentino donde desemboca. Su frente tendrá unos 4 km. de ancho y de 30 a 40 m. de alto, presentándose el hielo en prismas verticales por la gran cantidad de hendiduras y grietas que determinan el movimiento de ese enorme río de hielo. Estos prismas, avanzando al lago por el empuje del ventisquero, se inclinan y perdiendo su equilibrio se desprenden de la masa cayendo al agua con estrépito análogo a la descarga de una poderosa batería. Hay momentos en que estas caidas se producen con tan poco intervalo que mezclándose unos estruendos con otros, la ilusión de escuchar una salva de artillería es completa.

El ventisquero se halla en movimiento de avance, como ya había hecho notar Hauthal en 1904, fenómeno éste digno de ser tenido en cuenta, ya que los otros próximos a él y como la inmensa mayoría de los de Europa y Asia se hallan desde hace años en marcado movimiento de retroceso.

Se ha podido constatar que el movimiento anual de este glacier debe oscilar alrededor de unos 150 m.

Cuando Hauthal lo visitó ya había avanzado dentro del brazo del lago comos unos 300 m. Desde entonces hasta ahora ha ido extrangulando a dicho canal faltándole tan solo unos 200 a 250 m. para llegar a la orilla opuesta y separar asi en dos partes el brazo.

Se puede esperar que esto ocurra dentro de poco. Entonces este dique de hielo determinará un estancamiento del agua en la parte meridional, la que elevándose paulatinamente, inundará las regiones inmediatas y quizás busque su salida por la zona próxima del brazo Frio, donde los campos son relativamente bajos.

El campamento principal se estableció sobre el lago como a 3 km. al Norte del frente del glacier; de aqui saliendo con elementos indispensables se remontó el glacier con la idea siempre de llegar a su origen que se suponia en el altiplano donde la nieve deberia formar el mentado «Inlandeis» o Groenlandia patagónica y que se deseaba cruzar con *skys* para llegar a la orilla occidental desde donde esperábamos ver el Pacifico.

Se establecieron 2 carpas livianas a lo largo del glacier, distanciadas unos 10 km. cada una de la otra, donde se hacia estación y se dejaban alimentos y ropas para asegurar la retirada en caso que alguna nevada imprevista o algún accidente obligara a retroceder.

De este modo avanzando sobre el glacier provistos de picotas que servían para hacer escalones en el hielo cuando algún paredón escarpado impedía adelantar con facilidad o aprovechando las morenas laterales, se pudo seguirlo con relativa facilidad hasta unos 15 km. del lago donde se estableció la última carpa.

Pero más arriba, afluyen casi al mismo punto cuatro ventisqueros de igual poder que son al reunirse los que constituyen el *Moreno*. Aquí las grietas longitudinales y transversales del glacier hacían un avance muy penoso.

No obstante esta dificultad el doctor Reichert resolvió seguir remontándolo para tratar de llegar al límite ansiado y después de una marcha penosa por la inclemencia del tiempo, por las lluvias, la nieve y el viento, logró llegar al límite pero sin resultado positivo, pues una densísima niebla le ocultó el panorama en el preciso momento de llegar al borde esperado.

Este contratiempo, sin embargo, no quebró sus fuerzas y esperando días más propicios, repitió la fatigosa empresa, teniendo esta vez completo éxito, pues el día 27 de Febrero llegó con un día espléndido a la cumbre, desde la cual esperaba regresar trayendo la noticia del aspecto que presentaba la planicie inexplorada.

Pero, cuál no sería el asombro al comprobar que todas las conjeturas formuladas al respecto se desvanecieron por encanto y que la realidad era totalmente distinta a lo supuesto.

En efecto; en vez de contemplar una *planicie*, se observó una sucesión interminable de valles profundísimos separados por encadenamientos sin fin de cerros escarpados, cuyo conjunto evocaba la idea de las ilustraciones de Gustavo Doré en el infierno del Dante. La *nieve* que suponíamos extenderse sin interrupción hasta el Pacífico, solo se manifestaba aisladamente coronando las cumbres más altas o formando manchones y campos de nieve en sus cuencas, que se derretían para originar cascadas, torrentes, arroyos, ríos y lagos. No reinaba allí la muerte, no era una región desolada; nuestra expedición halló una comarca llena de vida, de interés y de aplicación a la actividad humana; comarca que lejos de poder ser atravesada en *pocas horas* con *skys* como era nuestra pretensión, exigirá un equipo diferente, y *varios días* para llegar por ella al *fjord* más próximo del Pacífico.

Ante resultados tan inesperados, la tentativa de llegar al otro Océano debió ser abandonada, y después de permanecer en la región del lago varios días ocupados en diversos estudios, emprendimos el regreso variando la ruta para llegar a Gallegos donde nos embarcamos con destino a la capital federal.



Campamento de la expedición a Lago Argentino



Bosque próximo al ventisquero



El ventisquero visto a través del bosque



Bosque destruido por el ventisquero



Bosque que tiende a ser sepultado por el avance del ventisquero



Pirámides de hielo que constituyen el flanco del ventisquero



Tèmpanos en el Lago Argentino. desprendidos del ventisquero



Torrente originado por la fusión del hielo del ventisquero





Frente del ventisquero